

habitación, donde había té y helados, diciendo á Dorsenne:

—¿Quiere usted que le prepare su soda y su licor?

—¿Qué le pasa á usted, Condesita?—preguntó el joven en voz baja cuando estuvieron junto á la mesa, en la que la cristalería y la plata brillaban.—Sí. ¿Qué tiene usted? ¿Está usted incomodada conmigo?

—¿Con usted?—dijo ella—nunca lo he estado. ¿Por qué?—repitió.—Usted no me ha hecho nada.

—¿Y algún otro le ha hecho á usted algo?—preguntó Julián.—Veía que ella hablaba de buena fe y que no recordaba el mal humor de la víspera.

—A un amigo como yo no se le puede engañar. Solamente con ver el modo como usted se abanicaba, he comprendido que tiene usted un disgusto. ¡La conozco á usted tan bien!

—No tengo ninguno—respondió ella frunciendo impacientemente el ceño.—Es que no quiero soportar el oír mentir de cierto modo. Esto es todo.

—¿Y quién ha mentido?—preguntó Dorsenne.

—¿No ha oído usted á Ardea hace un momento hablar de su capilla, él que cree en Dios lo mismo que Hafner, del que nadie sabe si es judío ó cristiano? ¿No ha observado usted cómo le miraba esa pobre Fanny, y con qué taco el Barón ha hecho alusión á la delicadeza que había impedido á su hija visitar con nosotros el palacio Castagna? ¿Y no le ha dado á usted qué pensar esa comedia entre esos dos hombres?

—¡Ah!..... Ahora comprendo por qué está Pepino aquí!—dijo Julián.—Habría proyecto de matrimonio entre la heredera de los millones de Hafner y el sobrino del Papa Urbano VII. Esto me va á proporcionar

un interesante asunto de conversación con alguno á quien conozco. Y la sola idea de que Montfanón supiese el caso, le produjo una extraordinaria hilaridad.—No me mire usted con indignación. Pero no puedo hallar materia para gran melancolía en esa historia. ¡Fanny casada con Pepino!..... ¿Y por qué no? Usted misma me ha contado que ella es católica á medias, y que su padre espera solamente á que se case para hacerla bautizar. Será, pues, dichosa. Ardea conservará el palacio que hemos visto ayer y el Barón coronará su carrera, entregándole en forma de dote lo que habrá quitado á otros. Los yernos de esos bandidos de la banca son el desquite del accionista.

—¡Calle usted!—dijo la joven con voz sombría.—Va usted á causarme horror. Que Ardea haya perdido todo escrúpulo y que quiera vender su nombre de Príncipe Romano lo más caro posible á cualquier comprador, me es igual, pues los venecianos no nos dejamos imponer por la nobleza de Roma. Hemos tenido Duxes en la familia, cuando los padres de todas esas gentes hacían aún los bandidos en el campo, en espera de que un pobre monje de su nombre llegara á ser Papa. Que el Barón Hafner coloque á su hija como se pretende que ha colocado alhajas falsas en su juventud, tampoco me importa. Pero ella..... Usted no la conoce. No sabe usted que es un ser encantador, entusiasta, sincero y que jamás sospechará: primero, que su padre es un ladrón, y después, que la vende como un *bibelót* para tener nietos que al mismo tiempo sean sobrinitos del Papa, y, en fin, que Pepino no la ama, que lo que quiere es su dote, y que tendrá para ella los sentimientos que se tienen para aquélla—y mostró á la señora

Maitland con la mirada. —Y hay todavía algo más triste que lo que le digo á usted—añadió enigmáticamente, como el que se siente llevado por su palabra y tiene miedo de ello.

—Sí—dijo Julián;—¡sería muy triste!..... ¿Pero está usted segura de no exagerar? En la vida no hay tanto cálculo. Tal vez el Príncipe y el Barón tienen un vago proyecto.

—¡Un vago proyecto!—interrumpió Alba, cuyos hombros se estremecieron.—Con Hafner no hay nada vago. ¿Y si yo le dijera á usted que estoy segura, ¿entiende usted? segura, que él es el que tiene los mayores créditos del Príncipe y que los hace vender por ese Ancona?

—¡Es imposible!—exclamó Dorsenne.—Ayer ha visto usted que pensaba comprar algunos objetos.

—No me haga usted hablar más—dijo Alba pasándose por los ojos la mano, donde no brillaba la piedra de ninguna sortija, aquella mano fina y blanca cuyos movimientos indicaban su extrema nerviosidad.—Demasiado he dicho ya. Este no es asunto mío, y la pobre Fanny no es para mí, por más que la encuentre conmovida y tierna. Pienso que está á punto de encadenar su vida, y que no hay una persona que le grite: «¡Te mienten!»..... Esto me da pena..... ¡Es infantil!

Siempre es penoso notar en un ser joven esa visión exacta del aspecto siniestro de la vida, que una vez entrada en su espíritu y en su corazón, no permite jamás la tranquila indiferencia, tan natural á los veinte años. Alba Steno había ya varias veces hecho conocer á Dorsenne aquella impresión de un desencanto precoz, lo que constituía el principal atractivo para aquel curioso,

que en aquel momento quedó emocionado ante la terrible ausencia de ilusión que revelaba el conocimiento de los proyectos del padre de Fanny. ¿Por dónde lo sabía ella? Evidentemente por la señora Steno; bien porque el Barón y la Condesa hubiesen hablado ante la joven demasiado francamente para que ésta no pudiese abrigar duda alguna, ó bien porque los hubiese adivinado. Viéndola de aquel modo, la boca contraída, los ojos penetrantes, presa de una sorda fiebre de rebelión interior, de nuevo tuvo Dorsenne la intuición de la cabal perspicacia de la joven. No podía por menos de haber aplicado la misma fuerza de pensamiento á la conducta de su madre. Parecía que mientras no subía la mecha de la lamparilla de plata de la tetera, miraba hacia la terraza, donde la extremidad del blanco vestido de la Condesa se entreveía al través de la sombra, y las locas ideas que tanto le habían agitado la víspera, volvieron á la memoria del escritor, así como el proyecto que había formado de imitar á Hamlet, haciendo en el salón el juego que el Príncipe danés había hecho ante su tío. Distraídamente, con el aire de indiferencia que le era habitual, dijo:

—Esté usted tranquila. A Ardea no le faltan enemigos, ni á Hafner tampoco. Alguno habrá que denuncie este manejo, si es que le hay, á la hermosa Fanny. ¡Un anónimo se escribe tan pronto!.....—Apenas hubo pronunciado estas palabras, se detuvo, con la emoción del hombre que maneja un arma que cree descargada y que oye la detonación de pronto. En el fondo había hablado así para tranquilidad de su conciencia frente á su propio escepticismo, y sin esperar ver pasar una nube de dolor por el altivo y móvil rostro de Alba. Esta

plegó sus labios con mohín de disgusto, en sus ojos apareció el más sombrío desprecio, mientras sus manos, ocupadas en preparar el té, temblaron más, y dijo con acento demasiado conmovido para no disgustar á su amigo por aquel juego de tan cruel curiosidad:

—¡Ah! ¡No lo desee usted! Eso sería aún peor que su actual ignorancia. Por lo menos ahora no se sabe nada, y si algún miserable hiciese lo que usted acaba de decir, sabría la mitad, sin estar segura. ¿Pero cómo puede usted sonreír á suposiciones semejantes? ¡No! Pobre Fanny..... Espero que no recibirá anónimos. ¡Es esto tan infame y causa tanto mal!

—Perdóneme usted si la he hecho á usted daño con mis palabras—respondió Dorsenne.

Comprendía que acababa de tocar un sitio que sangraba en el corazón de la joven, y comprendía también con espanto que no solamente no había escrito Alba las cartas anónimas dirigidas á Gorka, sino que, al contrario, ella misma había recibido otras de la misma clase.

¿Pero de quién? ¿Quién era el misterioso denunciador que advertía de aquella abominable manera á la hija de la señora Steno, y después al amante?

Estremecióse Julián, y continuó:

—Si yo he sonreído, es porque creo que Hafner, caso de que llegase esa desgracia, es bastante inteligente para tratar estos avisos como ellos se merecen. Una carta anónima ni leerse debe. El que sea bastante infame para servirse de estas armas, no merece que se le haga el honor ni aun de mirar lo que ha escrito.

—¿No es verdad?—dijo la joven.

En sus pupilas, repentinamente dilatadas, apareció un resplandor de verdadero reconocimiento, que con-

venció por completo á su interlocutor de que esta vez no se había engañado. Acababa de pronunciar la frase que ella necesitaba, y ante aquella evidencia experimentó un acceso de vergüenza por sus malos pensamientos de la víspera; de lástima, porque la joven debía haber recibido un golpe mortal si verdaderamente se le había denunciado á su madre.

Y no podía menos de preguntarse si no había podido mostrar la infame carta á aquella madre que decía á menudo: «Educo á mi hija, conforme á los principios ingleses, en la más completa independencia.»

¡Independencia que había producido felices resultados, pues permitía que una carta de esta clase llegara á la pobre niña!

Debía ésta haberla recibido en la tarde de la víspera ó aquella mañana, pues en la visita al palacio Castagna se había mostrado alegre y á la vez enfurruñada, pero con enfado infantil, y aquella noche no era la niña la que sufría, sino la mujer.

Dorsenne insistió:

—Ya ve usted si nosotros los escritores no estamos expuestos á esas abominaciones. Un libro que resulta, una pieza que gusta, un artículo que sea alabado, y los envidiosos insultan con anónimos, ó á nosotros mismos, ó á los que amamos. En tal caso, se lo repito á usted, se quema sin leer, y si alguna vez le llega á usted semejante misiva, créame, siga el consejo de su amigo Dorsenne. Pues soy su amigo, ¿verdad? su verdadero amigo.

—¿Por qué presume usted que se me escriban cartas anónimas?—dijo vivamente la joven.—No tengo gloria, ni belleza, ni millones, ni envidiosos.

Y como Dorsenne la mirase con el disgusto de haber dicho demasiado, puesto que ella se replegaba de nuevo en sí misma, añadió esforzándose por sonreír:

—Si verdaderamente es usted mi amigo, en lugar de hacerme perder el tiempo con consejos de los que no creo tendré nunca necesidad, á menos que no llegue á ser un gran escritor, ayúdeme usted á servir el té. ¿Quiere usted? Debe estar en su punto.

Y con sus pequeños dedos levantó la tapa de la tetera, que dejó caer en seguida, añadiendo:

—Vaya usted á preguntar á mistress Maitland si le toma esta noche, y también á Fanny. Ardea toma grog, y el Barón se dedica á las aguas minerales. Es preciso llamar para que le traigan su vaso de Vichy... Bien... Usted ha hecho que me retrase... He aquí una nueva visita y nada está dispuesto... ¡Calla es Maud!

Y en seguida, con un estupor que le arrancó una exclamación, añadió:

—¡Y su marido!...

En efecto, las dos hojas de la puerta del salón acababan de abrirse para dar paso á Maud Gorka, siempre bella, con esa belleza británica tan grande y fuerte, llena de felicidad, y vestida con un traje de crespón de la China negro, con cogidos naranja, que hacía resaltar la frescura y dureza de sus carnes.

Detrás de ella apareció Boleslas.

No era ya el viajero que treinta y seis horas antes llegaba á la plaza de la Trinidad, loco de inquietud, frenético de celos, lleno del polvo del camino, con los cabellos en desorden, las pestañas sucias y las manos negras.

Estaba un poco delgado, pero era el elegante Conde que

Dorsenne conocía, pequeño y musculoso, vestido de frac, con un lirio en el ojal, sonriente y guapo.

Para el escritor, que sabía lo que sabía, aquella sonrisa y aquella sangre fría significaban algo más terrible que la cólera de la víspera.

Lo comprendió en la manera como el polonés le dió la mano.

Una noche y un día de reflexión habían destruído su obra, y si Boleslas había fingido hasta el punto de adormecer la confianza de su mujer y de decidirla á aquella visita, era que había resuelto no consultar á nadie y buscar por sí mismo.

Sus ojos habían, ciertamente, visto el vestido blanco de la señora Steno en la terraza, mientras que la feliz Maud explicaba aquel inesperado regreso con su noble ingenuidad.

—He aquí lo que es dar á un padre poco razonable malas nuevas de su pequeño... Le escribí diciéndole que Luis tenía un poco de fiebre el otro día... Me ha contestado para preguntarme qué era. No he recibido su carta... Ha enloquecido y ha venido...

—Voy á prevenir á mamá—dijo Alba, que pasó en el acto á la terraza, con un apresuramiento que á Dorsenne le pareció poco.

Tenía tal sentimiento del peligro, que no pensó en sonreír, como lo hubiera hecho en otra ocasión, ante el buen éxito de la mentira generosa que él y Boleslas habían imaginado la víspera, y de la que el Conde había dicho con fatuidad justificada:

—Maud será tan dichosa al volverme á ver, que lo creará todo.

Era una escena sencilla y trágica á la vez, con ese

trágico mundano en que los sucesos son aún más tremendos, porque se efectúan sin un grito, sin un gesto, entre frases convencionales y en medio de una fiesta.

Por lo menos dos de los espectadores, además de Julián, comprendían la importancia del caso: Ardea y Hafner, pues ninguno de ellos se hacía ilusiones respecto á las relaciones presentes de la señora Steno y de Maitland, como tampoco ignoraban su situación respecto á Gorka.

El escritor, el gran señor y el hombre de negocios, á pesar de las diferencias de edad y de medio en que vivían, tenían una gran experiencia de análogas circunstancias. Sabían de qué presencia de espíritu es capaz una mujer animosa, cuando es sorprendida, como lo era la veneciana. Los tres declararon después que no habían nunca imaginado una sangre fría más admirable, una serenidad más audaz que las de que dió pruebas la señora Steno en aquel momento decisivo.

Apareció en el umbral de la puertaventana, asombrada en la medida que convenía. Su tez blanca, que las menores emociones debían enrojecer, quedó deliciosamente sonrosada. Ni un solo movimiento de sus párpados, de una gracia turca, veló sus profundos ojos azules, que un rayo de luz iluminaba. Con su sonrisa, que dejaba ver sus hermosos dientes del color de las perlas que llevaba al cuello, con las esmeraldas mezcladas á sus rubios cabellos, con sus hermosos hombros que descubría el descote del vestido, con el esplendor de sus brazos, de los que había quitado los guantes, para recibir los besos de Maitland, con su paso altivo, parecía realmente una mujer de otra época, una de las hermosas Princesas que los pintores de Venecia evocan

sobre los pórticos de mármol entre apóstoles y mártires. Besó á Maud Gorka, y después, apretando la mano de Boleslas, le dijo:

—¡Qué sorpresa más agradable! ¿Y no han podido ustedes venir á comer con nosotros? Vamos, siéntense ustedes, y cuéntenme la odisea del viajero.

Y volviéndose hacia Maitland, añadió:

—Sea usted amable, Linco, y vaya á buscarme el abanico y los guantes que he dejado olvidados en la meridiana.

En aquel momento, Dorsenne, que no tenía más que un temor, el de encontrar las miradas de Gorka, que no hubiera podido soportar, hallóse de nuevo junto á Alba. El rostro de la joven, un momento antes tan lleno de angustia, estaba ahora iluminado de alegría, como si un peso infinito se hubiera quitado de su pensamiento.

—¡Pobre niña!—pensó el novelista.—¡No puede creer que si su madre fuese culpable, tendría tanta calma! La actitud de la Condesa es la respuesta al anónimo. ¿Se le habían, pues, escrito? ¡Dios mío! ¿Quién puede ser? ¿Qué va á resultar de este drama?

Y cayó en profunda meditación, que no interrumpió el ruido de las conversaciones, en las que no se mezcló más. Si en vez de meditar hubiera observado, la verdad del autor de los anónimos hubiese aparecido ante sus ojos clara como la ciega confianza de la señora de Gorka; como la imperturbabilidad desdeñosa de Maitland ante su rival y la rabia contenida de éste; como la cortesía de Hafner sosteniendo la conversación general; como la asiduidad de Ardea para Fanny y la emoción de ésta; clara, en fin, como la alegría de Alba. Al

entrar Boleslas, todos aquellos rostros habían expresado sentimientos diferentes. En uno solo, durante algunos minutos, habíase pintado la alegría del crimen y el odio satisfecho al fin; pero como éste era el de la señora Maitland, tratada por él de insignificante y tonta, Dorsenne no se ocupó de ella, como tampoco los otros testigos de la terrible aparición del amante engañado. Todas las naciones tienen una metáfora para expresar la idea de que no hay peor agua que el agua mansa: «Las aguas tranquilas corren profundas,» dicen los ingleses; y los italianos, «las aguas tranquilas arruinan los puentes.» Estos adagios no serían exactos si no se les olvidase en la práctica, y el analista profesional del corazón femenino los había olvidado aquella noche.



V

La Condesa Steno.

Para una mujer menos animosa que la Condesa, menos capaz de mirar frente á frente una situación y de marchar derecha á ella, una velada semejante hubiera sido el preludio de una noche de insomnio en la que la imaginación enloquecida trajese por adelantado las angustias de un peligro solamente probable. Las crisis de temor concluyen de ordinario en resoluciones de astucia, en mentiras encarnizadas, objeto de la indignación del hombre que no comprende que la hipocresía es la sola fuerza del ser débil. La Condesa Steno no sabía lo que eran la debilidad ni el miedo. Mujer de energía y acción, sentíase á la altura de todos los peligros, y no temía nada. Así, durmió durante la noche con sueño tan profundo y reparador, como si Gorka no hubiese vuelto con la venganza en el corazón y la amenaza en los ojos. A las diez del siguiente día hallábase en el saloncillo, ó mejor dicho en el despacho, que estaba